

LOS AMANTES DEL LAGO

Fátima Segovia¹

Envainó su espada y se arrodilló
siempre frente al lago
esperando todo lo necesario
cerró los ojos un momento mientras ella aparecía.

El viento, delicado, acariciaba su cuerpo al pasar.
Una ráfaga fuerte lo alertó;
y una vez volvió a mirar,
ella estaba allí.

Mitad del cuerpo fuera del lago,
el resto desaparecía entre las aguas.
Sus manos, blancas como la nieve, querían tocarlo.
Él sonrió.

“Mi amor,
tu belleza perdura
y me deslumbra en cada encuentro”.
Acercándose más a ella,
permitió que le acariciara el rostro.
Su tacto era frío,
digno de un espíritu.

“He pensado en ti cada instante,
mi corazón añoraba verte otra vez”

Cada mes,
Cuando la tarde se pintaba de gris,
Un hombre se acercaba a un lago,
y allí se encontraba a la única
que podía hacer latir su corazón.

Cada mes,
cuando la tarde se pintaba de gris,
un espíritu guardián emergía del lago,
y allí se encontraba al único digno de hallarla,
esperándola con una sonrisa
dispuestos a profesarse el más puro de los amores.

¹ Alumna de primer año del Profesorado en Lengua y Literatura, ISFD N° 127 "Ciudad del Acuerdo".